

CAPÍTULO PRIMERO

EL TIEMPO GEOLÓGICO: LA PIEDRA

Antes del tiempo, cuando no había referentes, cuando todo imposibilitaba la arqueología o la genealogía, la superioridad de la piedra era absoluta. Sin hombres que hagan posible la realidad por tener consciencia de ella, la geología impone una duración inconcebible, una eternidad encarnada, una inmortalidad aprisionada en formas duras, temibles, mudas. El mineral se hace oír, cardinal y autoritario, en el silencioso movimiento de los hombres, o de sus parientes, los mamíferos: atomismo petrificado, partículas aprisionadas en el metal del esquisto o de la arenisca, del basalto o del granito.

Piedra tosca por todas partes, en cantidad, abundante. Piedras desprendidas, amontonadas; piedras derrumbadas, en bloques; piedras despeñadas, aleatorias, trazando inmensos contornos que se suman con elegancia a las montañas; piedras cansadas, agotadas, extenuadas, rodadas, gastadas por el vaivén sempiterno del oleaje glacial; guijarros de todos los tamaños, viejas piedras de memoria lenta o piedras filosas recién desprendidas de los acantilados,

desgarradas de las alturas por el viento y la lluvia, la nieve y la helada, la escarcha y el frío, los torrentes y los deshielos.

La mineralidad reina sin concesiones, con sus raras e inhumanas cualidades: la dureza, la compacidad, el despiadado filo de la navaja, la arista cortante, tajante, la inhospitalidad de lo impenetrable. El peligro que presentan los filos es borrado por el tiempo y el mar, por el rompimiento y la resaca, por la ola que se desvanece en un ligero reflujo y la marea que no tarda en reponerse; es redondeado por el tiempo de la eternidad, ese que participa del tiempo de los dioses, el que se mide sin complejos con la vara del infinito. Cantos rodados que caben en una mano, que nos permiten atesorar algo de la inmortalidad de divinidades que no conocemos.

Hasta donde alcanza la vista, la piedra se impone por todas partes: montañas y acantilados, montes y fiordos, imponentes tanto si se contemplan en tierra firme como si se divisan desde el mar, inmensas fracturas entre placas por las que el agua se adentra desde hace milenios, recortes costeros que requieren una labor fina y precisa: toneladas de piedra que parecen dignas de encajeras demiúrgicas o heroicas costureras, nornas concentradas en tallar, esculpir, minar, explosionar la roca, como si se afanasen en confeccionar celdillas, huecos, volúmenes, redes y polígonos regulares trabajando el mineral, como hacen los humanos con el hilo o el soplo místico.

En su materia marrón, ocre, gris, veteadada de raras micas, la piedra captura espléndidamente las variaciones de la luz. Son las únicas concesiones hechas al tiempo: las imágenes en movimiento que se inmiscuyen en un mundo eternamente inmóvil. Allí donde se manifiesta el mineral, la eternidad habla; cuando lo hace la luz, es el tiempo el que se expresa. Ante la ausencia de referencias cronológicas, la niebla, la lluvia y el sol se encargan de modular las variaciones, los cambios, las transformaciones. Cuando uno cree quedarse sin aliento, cuando la eternidad parece oprimirnos la garganta, el tiempo regresa en forma de sombras, de fulgores, de opacidad, de multitudes oscuras, de soplos apagados, tenues, difuminados.

La bruma envuelve, circunscribe, rodea, asfixia discretamente, ahoga, encierra en enormes abrazos invisibles, además de enrarecer el aire, cortar la respiración, robar el oxígeno, enfriar los pulmones y acortar la respiración de los humanos; la lluvia impregna, penetra, cala hasta los huesos, arruga la piel, elimina las superficies lisas y perla lo que toca de fríos gránulos; el sol vaporiza, calienta, seca y revitaliza. La piedra vive bajo la ley de estos fenómenos: la bruma la alisa y la ennegrece, el agua la envuelve y la oscurece, el sol libera sus colores —grises, azules, violetas y rosas—. Granos revelados, materias que se hacen notar, cromatismos desconcertantes, materias exacerbadas: las piedras salvajes sacan a la luz las verdades más antiguas.